

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 29 DE OCTUBRE DE 1888→

Núm. 357

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL AMOR ABRAZANDO Á PSYCHE EN EL OLIMPO, grupo en mármol de Gustavo Eberlein
presentado en la Exposición de Bellas Artes de Munich



SUMARIO

TEXTO. - *Nuestros grabados.* - *Exposición Universal de Barcelona*, por don J. Yxart. - *Venganza* por don R. Revenga. - *De fabugo à Ayamonte*, por don Pedro de Madrazo. - *El palacio de Alcalá de Henares* (continuación), por don F. Giner de los Rios. GRABADOS. - *El amor abrazando à Psyche en el Olimpo*, grupo en mármol de Gustavo Eberlein. - *La Pastora*, cuadro de J. Marqués. - *Episodio de la guerra*, dibujo de A. Forestier. - *El día de la colada*. - *Pobre hijo mio* (cuadro de V. Baditz). - *El granero*, cuadro de L. Marcian. - *El pan nuestro de cada día*, cuadro de P. Sadée. - *Comida campestre*, cuadro de M. Carbonell. - *Suplemento Artístico: La quiebra de un Banco*, cuadro de L. Bokelmann.

MONUMENTO Á COLÓN

Al insertar en nuestro número anterior los grabados representando las diferentes partes de dicho monumento, omitimos consignar que todos, excepto el de la vista del mismo en conjunto, están tomados de las excelentes fotografías sacadas por el aventajado fotógrafo señor Esplugas, con cuya autorización reproducimos dichos grabados.

NUESTROS GRABADOS

EL AMOR ABRAZANDO Á PSYCHE EN EL OLIMPO, grupo en mármol de Gustavo Eberlein

El culto de la forma llegó á ser en Grecia algo parecido al culto de la divinidad. La belleza física integraba el respeto de los conciudadanos de Phidias; jamás pueblo alguno ha sentido la estética como aquel pueblo que la aprendió prácticamente en las obras de los más sobresalientes artistas.

El arte moderno se ha propuesto quizás ideales más extensos que los del arte griego, que no en vano la inspiración es uno de los elementos impulsivos del progreso; pero bajo el punto de vista de la línea, bajo el aspecto de la gracia encarnada en un pedazo de mármol y tan encarnada que á la simple conjunción de la materia y del sentimiento los mármoles adquieren vida á voluntad del artista; ningún otro pueblo, ninguna otra escuela ha igualado siquiera al pueblo griego.

Eberlein se ha inspirado en esa escuela y ha dado naturalmente en un asunto mitológico, porque el arte griego es inseparable de su mitología. Al prescindir de esa fuente de inspiración, el Partenón desaparece tras las moles ojivales del arte cristiano, y entonces el coloso Phidias desaparece tras el otro coloso Miguel Angel. Al género griego pertenece el grupo que reproducimos, nota feliz, obra saliente de la última Exposición celebrada en la capital de Baviera.

LA PASTORA, cuadro de J. M. Marqués

Marqués es infatigable. Si debiera juzgarse por lo que produce, podría suponerse que pintar es la cosa más sencilla de este mundo.

Aunque joven ha contemplado la naturaleza, se ha embobado en ella y la tiene como si dijéramos condensada en su paleta. En esta moja sus pinceles, los pinceles dejan color en la tela y por arte y gracia de su habilidad hete un cuadro que nunca carece de alguna condición recomendable. El que hoy reproducimos lo es por la tranquilidad de la escena, por la dulzura, por el atractivo de esa naturaleza apacible que representa, aun por la misma figura de esa pastora cuyo pensamiento vuela quizás á regiones menos puras, á escenas menos inocentes. Esa pastora sueña en algo que ha de serle fatal.

A nuestro infatigable artista nos permitiremos solamente hacerle una observación. De Lope de Vega se sabe que escribió miles de comedias: sin embargo nadie dice de él: es aquel poeta que produjo un drama al día, sino es el autor de *La esclava de su galán* y de *El mejor alcalde el rey*.

EPISODIO DE LA GUERRA, dibujo de Forestier

No es el aspecto del campo de batalla el único cuadro que afecta el ánimo cuando se contempla á un país devorado por la guerra. El lugar del combate está sembrado de notas espantosas cuyo mismo horror debilita de una manera considerable la impresión ó sentimiento de la tristeza. Hay que considerar á la guerra bajo otro aspecto, si se quiere que la reflexión produzca los debidos efectos.

Los vencidos del campo de batalla han muerto matando; ha habido lucha general, peligro común; ni el vencedor ni el derrotado se han dado cuenta del éxito hasta mucho después de decidida la suerte de las armas. Cuando el arte reproduce una de esas escenas, el espectador no toma partido, no se interesa por un bando ni por otro, por un ejército, ni por otro ejército.

¡Cuán distinto es el efecto obtenido cuando el artista pinta un episodio como el representado en nuestra lámina! La familia del vencido huye la ira del vencedor y lucha á solas con la naturaleza, nada favorable por cierto, pero menos implacable que el enemigo. Ante un cuadro de tal desolación, el espectador no averigua de qué parte de los combatientes está la razón ó la injusticia; su ánimo se coloca decididamente de parte del débil y una lágrima compasiva es el más grandioso triunfo del artista.

Aparte el mérito indiscutible de este dibujo, esencialmente dramático, nos mueve á reproducirlo la circunstancia de ser otra de las láminas que ilustran una novela inglesa, prueba de la importancia que en la Gran Bretaña se concede aún á este género literario.

EL DIA DE LA COLADA

Fotografía tomada del natural por M. Malan.

La fotografía, que empezó por ser una profesión poco menos que mecánica, se ha remontado en nuestros días á la altura del arte.

El grabado que insertamos, reproducción de una excelente fotografía de M. Malan, es una demostración de lo que aseveramos. Esa preciosa criatura, hija del artista, lavando la ropita de sus muñecas, esa reunión de *bebés*, esos juguetes y esas prendas, el jardín, el ambiente, todo en fin, no sólo está impregnado de color local, como pudiera estarlo el lienzo pintado por un maestro, sino que revelan el impulso artístico del fotógrafo que ha sabido sorprender á la naturaleza en el momento en que en ella se representaba un idilio infantil.

¡POBRE HIJO MIO!... cuadro de V. Baditz

Entre los lienzos que más han llamado la atención en las recientes exposiciones internacionales de artes de Viena y de Munich, figura el cuadro de Baditz, joven pintor húngaro de gran porvenir y discípulo del profesor Guillermo Diez de Munich. Este cuadro, que parece fotografiado del natural, nos refiere una historia trágica, conmovedora en su horrible verdad, una de esas historias viejas que á pesar de ello son siempre nuevas y que destrazan el corazón.

Una señora joven, rica, vestida con elegancia y de apariencia distinguida, va á ver á un hijo suyo á quien una aldeana se ha encargado de criar, pero que, á juzgar por la presencia de otro niño más pequeño, convierte en una industria la lactancia de hijos infelices cuya existencia tienen que ocultar sus padres. La aldeana, que se cuida poco del niño extraño, acaba al parecer de levantarse de su cómodo sillón y sorprendida por la visita de la joven madre, procura ocuparse de la desgraciada criatura de aspecto enteco, enfermizo y mal vestida, á fin de hacerle parecer algo mejor de lo que está en realidad. La joven madre, aterrada y presa de acerbo dolor fija su vista en la carita pálida y demacrada del hijo de sus entrañas, que alza su mirada con mudo reproche á la señora como si quisiese decir: ¿Eres tú mi madre? ¡Cuán otro sería mi estado si me criaran

en la casa paterna, rodeado del amor y solicitud de mi madre y del cariño de mi padre!...

Si el pintor ha sabido reproducir con acierto, uno de estos conmovedores episodios de la vida práctica, lo dejamos á la consideración de cuantos contemplan nuestro grabado.

EL GRANERO, cuadro de L. Marcian

El granero representa en la casa del labrador lo que representa la Caja en la casa del comerciante. Lo que en ésta son pesos duros, billetes de banco y valores mercantiles, en aquél son granos, tubérculos y frutas secas: en uno y otro caso la fortuna del dueño. No es de extrañar, por lo tanto, el solícito esmero con que esa pareja de labradores acondicionan los frutos de su constante y penoso trabajo: cada uno de esos frutos representa otro tanto volumen de sudor desprendido de la tostada frente del trabajador del campo. El artista ha pintado el cuadro con cariño, y aunque exenta la obra de pretensiones revela una factura concienzuda é inteligente.

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA cuadro de P. Sadée

Las pobres gentes de la aldea vienen de rezar, de pedir el pan de cada día... La iglesia es mísera, pero en su interior desnudo y ennegrecido por el tiempo flota el espíritu de Dios. La luz escasea en el altar y el incienso no satura el ambiente; pero las oraciones sinceras de los devotos aldeanos no suben menos por esto á los pies de la Virgen. Salen las buenas gentes del templo y aun se hallan bajo la impresión del sentimiento religioso: todo á su alrededor respira calma, todo está en silencio; parece que de un templo embovedado se han trasladado á otro templo á cielo abierto.

El autor de este cuadro ha producido una nota justa, precisa, que conmueve gratamente como el suave rumor del órgano lejano, como el canto melancólico de un coro de anacoretas. Vibra á la vista del lienzo el sentimiento religioso, sin que para ello el artista haya tenido necesidad de introducirnos en el templo, demostrando que cuando se pinta con el alma cabe perfectamente lo sublime en lo sencillo.

COMIDA CAMPESTRE, cuadro de M. Carbonell

Al recorrer las galerías del Palacio de Bellas Artes en nuestra Exposición Universal, es muy fácil, por poco que os seduzcan los placeres del campo, que os impresione agradablemente un lienzo en el cual se reproduce una escena vulgar pero simpática en alto grado. Un cielo sereno, una naturaleza espléndida y una familia de trabajadores dotados de una conciencia tan tranquila como ese cielo, de una salud tan espléndida como esa naturaleza. Ningún artificio ha empleado el autor para llamar vuestra atención; la realidad aparece en el cuadro con la misma fidelidad con que un espejo reproduce el objeto que tiene delante; y sin embargo, la escena os seduce: si por acaso os aguarda un gran banquete pensáis para vuestros adentros, que de buena gana trocaríais vuestro sitio en torno á la suntuosa mesa por una piedra en ese inmenso é inimitable comedor del pobre que se llama el campo libre. En suma: una obra de género realista que trasciende á felicidad y á arroz con pollo.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA QUIEBRA DE UN BANCO cuadro de L. Bokelmann

Si en pintura existiera un género que llamaríamos trascendental, podríamos decir con toda propiedad que el cuadro de Bokelmann pertenece á ese género. Es una grande obra de arte y al mismo tiempo una lección no menos grande. El autor puede solicitar un sitio entre los egregios moralistas, pues enseña á dónde conduce la confianza imprudente estimulada por un lucro demasiado usurario para que no fuese efímero. La catástrofe común ha evidenciado, según el artista, en lo cual ha sido justo, que de ese afán de lucro inmoderado participan todas las clases sociales, aunque no sea igualmente funesto para todas. No hay sino examinar las muchas figuras del cuadro, ninguna de las cuales huelga, para comprender hasta qué punto la quiebra del Banco las afecta. Desde la indignación más justificada hasta el abatimiento más profundo, el semblante de las víctimas recorre la más completa variedad de tonos. ¡Qué concepción tan valiente, qué ejecución tan correcta, qué variedad de expresiones dentro de una idea común á todas!... Obras de esta naturaleza demuestran un aliento superior: son el cuento inmortal de la lechera referido, hecho palpable por medio del pincel.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

FIESTAS Y ESPECTÁCULOS

Dudo que en ninguna época desde que Barcelona existe, se hayan sucedido con tanta rapidez en ella tal número de acontecimientos diversos, y creo que en ninguna otra ciudad de España se daría un ejemplo de mayor tolerancia y orden por parte de los espectadores.

Esta índole peculiarísima de nuestro pueblo, que ofrece hoy el singular espectáculo de acudir con la misma compostura á las recepciones de hombres políticos de distinta y opuesta significación, como si estuviese de largo tiempo avezado á respetar la opinión ajena; el interés con que presencia así una cabalgata como una procesión; el concurso que presta con su actitud expectante á las más diversas ovaciones, sorprende y maravilla al observador por mucho que confiera en lo que llaman nuestras gaceticillas «la cultura del pueblo catalán.»

La explicación racional de este hecho singularísimo requiere, á mi ver, mayor espacio del que tenemos aquí: ¡tanto podría decirse acerca de semejante tolerancia, para la cual todo es fiesta y causa de expectación y de alegría, y en ningún caso, motivo de protestas ruidosas ni de actos brutales y desagradables!... Pero sea cual fuere la explicación del fenómeno, el cuadro resulta vivificado por una animación febril, una grandiosidad inusitada, un movimiento y rebullicio vertiginosos. Para que el lector tuviera de él aproximada idea con nuestros bosquejos, se requerirían palabras que zumbaran en sus oídos con la ensordecedora gritaría de las grandes multitudes; fuera preciso usar abigarradas y amontonadas imágenes que confundieran sus ojos con la simultánea visión de los coches de gala en todas direcciones cruzándose con los tranvías silbadores y las modestas berlinas y la multitud atropellada abriendo penosamente calle para cerrarse luego contenida por la propia aglomeración, que á duras penas logra hallar cauce en las más anchas vías; sería necesario

transmitir á su cerebro la febril convulsión de tantas impresiones rápidamente recibidas y que, como en una pesadilla, sobreponen con la mayor incoherencia, sus colores, sus líneas, sus formas.

En menos de una semana se han sucedido las recepciones, veladas y banquetes en honor del Sr. Cánovas; tras éstas vinieron la recepción, funciones teatrales y bailes en obsequio de S. A. la Infanta; después de la nocturna cabalgata, las fiestas religiosas, la procesión; apenas terminada ésta, el *lunch* y discurso del Sr. Castelar, la iluminación y fuegos artificiales marítimos; y en todas partes, el mismo inmenso gentío, las mismas apreturas, las cuestiones de etiqueta, las ansias y fiebre de la asistencia á todo trance, la diligencia y actividad á caza de la esquela de convite, las molestias de las grandes aglomeraciones que están á la orden del día, como en aquellos grandes centros donde se hace ya imposible dar el más insignificante paso sin sujetarse á la necesidad de *hacer cola*, de tomar número de orden, y de aguardar horas enteras. Y en ninguna parte, ni un grito, ni una disputa, ni una alarma y consiguiente carrera y susto.

Los más distintos y aun opuestos actos alcanzan - repetimos - el mismo éxito é igual brillantez. Un partido político, congregado no hace mucho al rededor de su jefe, oía con aplauso su elocuente palabra en el gran salón del café-restaurant, y en torno del elegante edificio, que ardía como ascua con espléndida iluminación, aguardaban el final del discurso los espectadores no llamados, para saborear los comentarios y habladurías. Otro partido político se reunía ayer en el teatro Calvo-Vico, no ya ansioso sino delirante por gozar de la no menos famosa elocuencia de su caudillo, y los mismos espectadores de la víspera acudieron con igual interés á participar en lo posible de aquellas corrientes de entusiasmo: la misma profusión de luces; las masas de elegidos en interminables hileras á lo largo de las interminables mesas; el imponente espectáculo de miles de hombres saludando de pie con aclamaciones ruidosas á un hombre que pasa, sonriendo, moviendo la cabeza á derecha é izquierda, sombrero en mano, seguido de sus íntimos admiradores! Invadió las calles inmensa multitud para presenciar el desfile de la cabalgata, y tras ella á los pocos días, mayor y más apretado concurso se tiende por la carrera que debe seguir una procesión y aguarda su paso con igual compostura, aplaude, grita, saluda con vivas y palmoteos la Santa Imagen, precedida de millares de devotos, rodeada de pompa oriental indescriptible, seguida de clérigos y prelados cuyas vestiduras refulgen con el oro y la pedería, custodiada por las autoridades y las tropas. Truenan los cañones, se encienden en balcones y esquinas fuegos de bengala que derraman sus resplandores fantásticos y vivísimos sobre aquel grupo de maravillosa fastuosidad... Con la misma solemnidad serena y reposada que podría discurrir por el tranquilo claustro de un monasterio, la procesión interminable circula por las principales vías de Barcelona, entre aquel inmenso y rebosante gentío que excede en número á cuantos vimos en estos últimos días. Ni la fatiga de aquel desfile que dura más de cinco horas, logra producir con la impaciencia el desorden; ni la interrupción y dificultad de las comunicaciones, es causa de ruidosa protesta. Y cuando restablecidas éstas, ya bien cerrada la noche, se disemina aquella multitud compacta, y se precipitan en hilera los carruajes detenidos largo rato en las esquinas, observamos un instante embelesados aquel nuevo espectáculo que sugiere el recuerdo de un grabado londonense en que se pinta el bullicio y confusión de una multitud discurriendo en distintas direcciones, los encabritados caballos de tiro, los látigos de los cocheros en alto, y los radiantes faroles deslizándose como estrellas fugaces en la sombra.

J. YXART.

¡VENGANZA!

La religión y la ley consagraban y santificaban aquella perpetua unión de los labios de Luisa y Vicente.

Besos, amor, ilusiones y un cuarto piso modestísimamente amueblado era cuanto en la tierra po seían.

Esperanzas y un hermoso ángel que del cielo había de venir, con su pan debajo del brazo, cuanto esperaban poseer.

La felicidad se había hospedado, sin embargo, en el piso cuarto que habitaban Luisa y Vicente. ¡Qué importa la pobreza cuando se ama y se espera!

Vicente se enamoró de Luisa, antes de terminar la carrera de Medicina. Estudió patología suspirando por Luisa, suspirando por Luisa aprendió la terapéutica, y temblando por el temor de que se retardara su matrimonio hizo los ejercicios de la licenciatura y del doctorado, y cuando en el ministerio de Fomento le dieron el papelote que oficialmente certificaba de su aptitud para curar, se dijo:

- Ya tengo el remedio para mi mal; bien comienzo mi carrera: yo soy mi primer enfermo. La terrible enfermedad de mi amor la curará este papel. He aquí el talismán deseado; he aquí la gallina de los huevos de oro. Bendiga Dios la ciencia y mande á la tierra constipados á espuertas, indigestiones á manos llenas, jaquecas á granel y sean los enfermos Cresos; mi ciencia, con pastillas de caracol, agua de Loeches y lápiz jaqueca, les devolverá la salud, y su dinero vendrá á mi bolsillo y con él compraré sedas para mi Luisa, joyas para mi Luisa, artísticos muebles para ella, y yo seré feliz, ella felicísima, y mis enfermos archifelices, pues cambiarán dinero por salud, y ¡vive Dios que van ganando en el cambio!

No fué el Omnipotente tan generoso en catarros, ja-

quecas é indigestiones como deseaba nuestro novel médico, y las sedas convirtiéronse en percales, las joyas ricas en joyas de similor y los artísticos muebles en modestos trastos comprados con grandes trabajos en los tenduchos del Rastro.

Dióse, sin embargo, por satisfechísimo el discípulo de Hipócrates, cuando se vió dueño de Luisa y único señor de un cuarto piso situado en la calle de Zurita de esta muy noble villa de Madrid.

¿Qué pluma sería capaz de describir sus orgullos, sus desbordamientos de pasión, sus ilusiones, sus esperanzas? ¿Quién podría pintar la satisfacción con que miraba sus muebles re-compuestos por la mano inhábil de obscuro artista? ¿Quién dar idea, ni aproximada siquiera, de la ternura que en sus ojos se veía, cuando extático contemplaba á su Luisa, limpita, con el hermoso cabello alisado por aquellas manos que eran, según el feliz Vicente, copos de purísima nieve, envueltos en rosáceo terciopelo?

Era Vicente un carácter apasionadísimo, una imaginación de pólvora; amaba y odiaba con las mismas energías y, cosa extraña en caracteres como el suyo, su viveza y fogosidad no estaban reñidas con la constancia. Si amaba, amaba siempre; si odiaba, su odio era eterno cual las penas del infierno. Tenía en sí mucho de árabe; sus odios eran inextinguibles; sus venganzas, si algún día hubiera de vengarse, dejarían muy atrás á las tradicionales venganzas africanas.

Luisa semejábase á él en algo, diferenciábase en mucho. Era apasionada como él, pero voluble é inconstante como apasionada y como mujer al fin. Durante sus amores le cometió pequeñas infidelidades, que luego amargamente lloraba cuando oía de labios de su novio frases que exaltaban su fantasía y enardecían su fogosa pasión. Pudiera pintarse el carácter de aquella mujer diciendo que era una morena de ojos azules, las pasiones de las morenas y los sueños de las rubias, arranques y ternezas, carcajadas burlescas y lágrimas sentimentales y románticas, tempestades de relámpagos y melancólicas y poéticas noches de primavera.

Salieron una mañana de la vicaría, lograron librarse de parientes molestos y amigos inoportunos y comenzó un verdadero idilio. Las dos pasiones se desbordaron. Quizá entonces parecía mayor la pasión de Luisa.

Los enfermos de Vicente pudieron muy bien morir hasta de un simple dolor de muelas.

¿Quién receta cuando cree que el refrán más verdadero es aquel que dice: «Contigo pan y cebolla»? ¿Quién se presta á ver en casa ajena tristezas y dolores, cuando en la suya todo son amores y alegrías?

Llegó la época en que la cebolla y el pan no bastaron para satisfacer el apetito de Luisa.

Buscó Vicente enfermos, y ¡oh suerte desdichadísima la suya! todo el mundo gozaba de perfectísima salud.

Vicente tenía sobrado talento y allá en los rincones de su cerebro había almacenado gran caudal de conocimientos.

Con esto y con su amor á Luisa cada vez más creciente, ¿cómo no encontrar, no ya pan y cebolla, sino pan y perdices?

Anunciáronse unas oposiciones para cubrir algunas plazas en el cuerpo de Sanidad militar. Presentóse á ellas Vicente y obtuvo el número uno. Quizás hubo quien que le aventajaba en ciencia, pero nadie en amor, y las faltas de Minerva, supo suplirlas con creces el dios de los ojitos vendados.

Alejóse de su casa la cebolla, y si no llegaron las perdices, jamás faltaron los rechonchos garbanzos de tierra de Castilla.

— ¿Y no hay felicidad en la tierra? — decía á voces Vicente. — ¡Ah, imbéciles, que no la sabéis buscar! Mirad á un pobre teniente de Sanidad militar á quien el gozo le revienta por todos los poros de su cuerpo. ¿A quién podré yo envidiar, á quién? ¡Yo, que voy á ser padre y luego seré abuelo y después bisabuelo, porque yo no moriré nunca; yo besaré al hijo de mi Luisa y á los hijos del hijo de mi Luisa! ¡Y Luisa será siempre hermosa, hoy con su cabello negro, mañana con su cabeza gris y después con su nivea cabellera!... ¡Llega pronto á la tierra, ángel de las entrañas de mi adorada Luisa, que yo te vea, que yo te bese, que oiga tu vocecita llamándome papáito, y que crezcas y asombres al mundo con tu talento,



LA PASTORA, cuadro de J. M. Marqués (propiedad del Círculo del Liceo de Barcelona)

y trastornes á todas las nacidas con tus seducciones, y me hagas suegro de una Venus y Virgen santísima al mismo tiempo y...

Y el ángel de las entrañas de la adorada Luisa no llegaba. Llegó antes un sorteo para cubrir algunas plazas de médicos militares en la isla de Cuba y la suerte designó á Vicente, y allá se fué el infeliz sin que el ángel viniese y sin atreverse á exponer á las fatigas de tan largo viaje á la que sería madre del angelito.

— ¡No existe la felicidad en la tierra, no! — decía llorando Vicente en aquel triste día que hubo de separarse de su Luisa.

¿Quién al ver llorar á aquel hombrón de anchísimas espaldas, facciones duras, pronunciadas y de un color moreno cobrizo, no se conmoviera y hasta sintiera que á sus ojos se agolpaban las lágrimas viendo aquel Hércules secar á hurtadillas con su manaza nervuda y vellosa un lagrimón del tamaño de una avellana?

— ¡Lloro, — se decía el mísero, — lloro por vez primera en mi vida! ¡Ay! ¡abiertas las fuentes de mis ojos, quizás ya nunca se sequen!

II

Puso el pie Vicente en el Nuevo Mundo maldiciendo á Cristóbal Colón, al padre Marchena y á Isabel la Católica.

— ¿Para esto fuiste sabio ó loco, genovés maldito? ¿Para separarme de mi Luisa?

Transcurrió un mes sin que de ella tuviera noticia alguna.

Llegó, por fin, la deseada carta y al ver la letra menudita de su mujer, sonrió por vez primera desde el día de

su separación. Pronto la sonrisa cambióse en tristeza aun más profunda.

La carta decía que Luisa había abortado.

El ángel hallábase en el cielo á su placer y no había querido encarnarse.

La historia de los seis años que en Cuba pasó Vicente fué la historia del primer mes; esperar la carta de Luisa, contar los días, las horas, los minutos, leerla y releerla y volverla á esperar, y así pasaron los seis años; y por fin, un día desembarcó en Cádiz con más amor que nunca, los galones de comandante y algunos miles de duros que mientras esperó supo ganar para su Luisa.

Al verla, por fin, no se manifestó al exterior su alegría; era tan grande que no hallaba salida; tan grande, que sólo supo abrazarla y llorar, sintiendo que aquel llanto le ahogaba.

Comenzó un nuevo idilio, volvió Vicente á ser dichoso; sólo una cosa le faltaba: un hijo.

Aguardó la venida del niño y aguardó en vano.

Un día en que manifestaba á Luisa su pena por no ser padre, dijo:

— Quiero tanto á los niños, que al fin llegaré á buscar y hasta adorar al hijo de otro. Yo necesito un ser débil que con sus debilidades me domine, é iré á buscarlo á cualquier parte.

Esta idea la repitió varias veces Vicente.

Un día una amiga de su mujer refirió delante de él la historia de un pobre niño, cuyos padres lo habían dado á criar á una mujer de un pueblo próximo á Madrid y que hacía más de un año que le habían abandonado. La pobreza de la nodriza era tal, que con profundo pesar iba á llevar al niño á la casa de expósitos.

— No irá, no, — dijo Vicente, — yo tengo hijo. ¿Qué importa que no tenga mi sangre si tiene mi misma alma?

Vicente recogió al niño.

Cuando orgulloso se lo presentó á Luisa, ésta palideció horriblemente y exclamó:

— ¡Pobre hijo!

III

Jacintito, que así se llamaba el niño, fué el tiranuelo de la casa. En verdad que era el monigotillo bonito como una gloria, despierto y vivaracho como una ardilla, y con tales malicias infantiles, que no el cariño de sus padres adoptivos conquistara, sino hasta la misma Zamora hubiera rendido en menos que canta un gallo; con que diga Dios lo que hubiera hecho en una hora. A dejarle, hubiera convencido al gato de que debía dejarse tirar de orejas y rabo; los platos hubieran corrido hacia sus manecitas para dejarse hacer añicos: no era

aquello un niño; era una feliz amalgama de lindísimo querubín y de revuelto diablillo. Mejillas coloradas y regordetas, naricilla algo respingona, boca de picarescos mohines cuando reía, y de cómicos pucheros cuando lloraba, frente ancha y despejada, ojos negros como la endrina y cabellera que sobre su frente y hombros caía recogéndose en rizados, y siempre bullicioso y alegre, sin duda por el placer de acariciar aquella cabecita escapada de un cuadro de Murillo.

Vicente sentía hacia Jacintito cariño inmenso, Luisa idolatría incalificable.

Cuando Vicente cogía al niño en sus brazos, decía dándole sonoros besos:

— ¡Que no sea hijo mío!

Cuando Luisa le estrechaba entre los suyos, le daba besos apretadísimos y callaba.

Al oír Vicente que Jacintito le llamaba con esa lengua estropajosa de los niños, — Papaíto *quelido*, — sonreía tristemente. Cuando Luisa se oía llamar mamá, las dichas del cielo se asomaban á sus ojos.

Un día, sin que nadie supiese por qué, la tristeza más profunda reinó en el alma de Vicente. Hasta el amado niño le era odioso.

— ¿Qué te ocurre? — preguntábale cariñosamente Luisa.

— Ya lo sabrás, — replicó Vicente.

Por aquellos días se declaró en Madrid una terrible epidemia de viruela, que elegía sus víctimas entre los pobres niños.

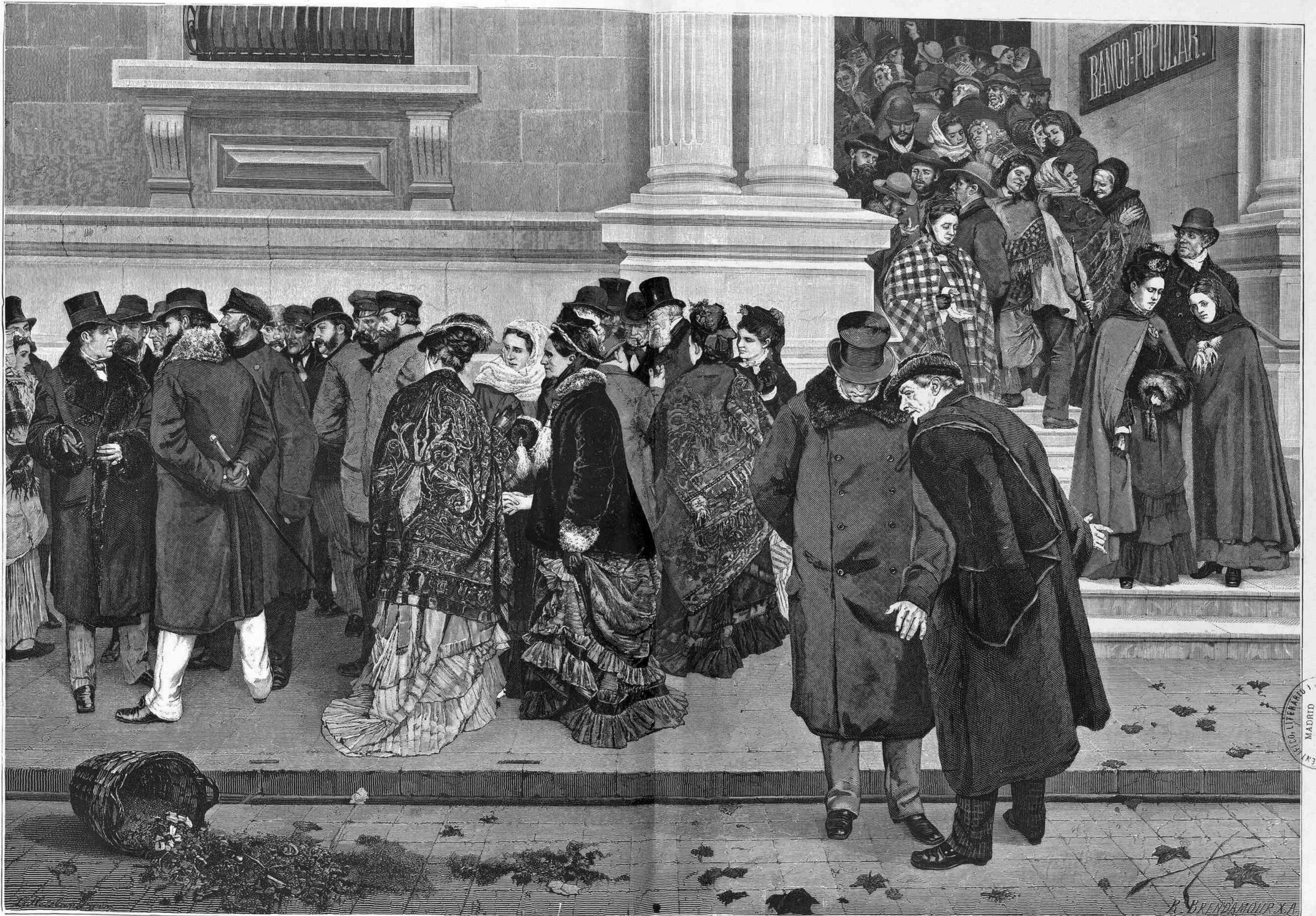
Vicente visitaba, por los deberes de su profesión, muchas casas en las que había enfermitos de la terrible enfermedad.

Luisa tomaba toda clase de precauciones para librar á



EPISODIO DE LA GUERRA, dibujo de A. Forestier





MADRID - IENY
BIBLIOTECA
LIT. N.º 1111

LA QUIEBRA DE UN BANCO, CUADRO DE L. BOKELMANN

R. BRENDA MOUR X.A.



EL DIA DE LA COLADA, fotografía tomada del natural por M. Malan



¡POBRE HIJO MÍO! cuadro de V. Baditz

su niño, como ella le llamaba, de la epidemia reinante.
 - Vicente, - dijo un día, - el niño no está vacunado; ¿por qué no le vacunas?
 - No es conveniente en estas circunstancias.
 - Vacúnale, - repitió Luisa. - ¡Si se muriera!...
 - Le vacunaré, - dijo Vicente.

IV

- ¡Vicente! ¡Vicente! - gritó á los pocos días Luisa. - ¡El niño se muere!
 - Ya lo sé, - contestó este con tono sombrío.
 - ¿Lo sabes, y no acudes á salvarle?
 - Ni Dios con todo su poder conseguiría su salvación.
 - ¡Blasfemo! ¡Infame! ¡Maldita sea tu ciencia embustera, si no salvas á Jacinto! ¡Yo quiero que viva, y se muere! ¡Yo llegaré á aborrecerte si eso ocurre! ¡Ven, ven; mírale cómo agoniza, cómo entreabre los tristes ojos pidiendo vida, aire, luz, caricias!... ¡Ven, y si á sus mudos ruegos no atiendes, será porque tu alma no es alma, sino abismo de frialdades, sima de indiferencias, vacío incomprensible de generosos sentimientos!... Tu ciencia de algo sirve: si á otros libraste de la muerte ¿por qué no libras al mío, no... al nuestro?
 - Al tuyo, - dijo Vicente, - no habrá quién lo salve.
 - ¡Ven, ven y quízás al ver que la muerte llega y se lo va á llevar, sientas algo y tu ciencia halle el talismán de la salud!

V

En una cuna de lienzos blancos y colgaduras azules, hallábase Jacintito.
 Aquel su rostro hermoso, era entonces informe masa negra.
 Revolvíase el pobrecito en su cuna luchando contra la calentura, que en la tierra hacía pasar el infierno como si en algo hubiera pecado.
 Su respiración era anhelosa; se ahogaba, y en busca de aire abría sus labios rojizos, como un pajarito aprisionado en estrecha jaula y expuesto á los rayos de un sol canicular.
 De vez en cuando pronunciaba sonidos inarticulados.
 - ¡Papaíto, agua, agua! ¡Papá, aquí!... - y llevábase las manos á la garganta toda cubierta de las negras pústulas.
 - Mira, mira, - dijo Luisa, - haz algo; el niño está muy malo.
 - Haré lo que tú, - dijo Vicente; - verle morir.
 - ¡Bárbaro!
 Durante cinco horas no se oyó más que la respiración cada vez más lenta de Jacintito y el crujir de los hierros de su cuna.
 A las seis de la mañana de aquel día, el niño abrió desmesuradamente la boca y murió en brazos de Luisa, quien dijo besando aquella repugnante masa de carne que parecía carbonizada:
 - ¡Ay, hijo de mis entrañas!

VI

- De tus entrañas, sí, tu hijo, el hijo de tu pecado, - contestó Vicente.
 - ¿Qué dices? - repuso Luisa.
 - Mira, - añadió Vicente, alargándole un paquete de cartas; - mientras yo allá lejos, muy lejos, lloraba por tí, trabajaba por tí y en tí pensaba, tú aquí, infame, te entregabas repugnante al padre de ese niño, y no contenta con burlarte de mi amor y pisotear mi honra, traías ese niño á casa y me robabas hasta los sentimientos más ocultos y santos de mi alma; me obligaste á que amara al hijo de tu adulterio.
 - ¡Perdón! - dijo Luisa con voz apagada.
 - Que ese niño que en tus brazos tienes pida á Dios que nos perdone á todos. ¡Me ultrajaste y creías que no había de vengarme! A ese niño no lo mató Dios, lo maté yo, yo que en lugar de vacunarle le inoculé virus de un varioloso.
 - ¡Jesús! - gritó Luisa.
 - Cuanto has padecido y ahora padeces, es deliquio dulcísimo comparado con el dolor que yo he padecido. Mi venganza aun no es completa, aun...
 - ¿Qué más quieres, bárbaro? ¡Si maté tu alma, tú mataste la mía! ¿No estás aún vengado? ¡Pues mira también la muerte de mi cuerpo!
 Terminó esta frase, y cogiendo unas tijeras que sobre un mueble había se las hundió por tres veces en la garganta, sin soltar el cuerpo de su hijo.
 Un terrible y trágico grupo vino al suelo: el cadáver de un niño varioloso cubierto con la roja sangre de su madre.
 No murió en el instante Luisa; aun vivió algún tiempo, durante el cual declaró que el dolor por la muerte de aquel niño la enloqueció por un momento hasta el extremo de causarse la muerte.
 Aquella tragedia quedó ignorada por todo el mundo.

VII

Después del suicidio de Luisa, Vicente fué á vivir con un hermano suyo; mas ya no era aquel hombre de otro tiempo, era un loco sombrío y melancólico, ó, si no lo era, lo parecía.
 Ocho días después de aquel suceso, salió de casa de su hermano sin decir adónde iba y tardando en volver varios días.
 Cuando ya inquieto le buscaba su hermano por todas

partes, apareció envuelto hasta los ojos en su capa, entró en su cuarto sin decir una palabra que explicara su ausencia, y permaneció encerrado tres días, sin consentir que nadie le hablara.

Pasaron muchos meses y hasta años sin que Vicente olvidara su dolor, ni saliera de aquel extraño estado de locura pacífica. Su manía consistía en encerrarse en su cuarto y pasarse allí la vida.

Un día, por descuido sin duda, dejó Vicente entreabierta la puerta de su habitación. Pasó por allí su hermano, y vió con extrañeza que con gran apasionamiento besaba la tapa de una caja de ébano.

Más años pasaron.
 En cierta ocasión, la puerta del cuarto de Vicente dejó de abrirse durante tres días, ni aun para recibir el alimento que le llevaban.

Alarmado su hermano, se decidió á entrar.
 Sobre su lecho vió á Vicente muerto y apretando contra sus labios la caja misteriosa.

Al arrancársela vieron con espanto que contenía la cabeza disecada de Luisa y un retrato de Jacintito. En la caja encerrábase también un manuscrito en el que se refería esta tragedia y que terminaba con estas palabras: «La amaba, me vengué y aun la amé más.»

R. REVENGA.

Madrid, 1.º agosto, 1888

DE JABUGO Á AYAMONTE

CAPÍTULO DE UN LIBRO EN CIERNE

¡Día inolvidable para mí el 25 de mayo de 1888!
 Hallábame viajando por la provincia de Huelva - la de los famosos *lomos*. - A las cinco de la mañana me desperté en Jabugo, pueblecito risueño y limpio de la Sierra de Aracena, que mis lectores probablemente no habrán oído nombrar en su vida. Desperté oyendo, á una con el silbo de los mirlos, la melódica voz de mi amigo D. Guillermo S**, que, como buen alemán del Darmstadt, tiene la música y el arte en la médula de los huesos. Dice él que me llamó hasta cuatro veces para arrancarme del fantástico mundo de los sueños: tan de lleno me habían dominado los efluvios de las mitológicas adormideras; pero yo creo que sus llamadas sonaban en mis oídos como los cantos adormecedores de las elfas de las tinieblas, contribuyendo á alejarme aún más de la vida real, y que no debe regateárseme el mérito de haberme despertado *de por sí*, como decía, hablando de sí mismo, el serrano que nos servía el desayuno.

Terminado éste, que amenizaron con chistosas ocurrencias los expedicionarios, se puso en marcha la alegre caravana, precedida de los mozos que llevaban los sacos de viaje, los abrigos, el aparato fotográfico que nos acompañaba en todas nuestras excursiones, y las botellas de rica leche de la sierra, único alimento mío. Íbamos en la caravana referida: D. Guillermo, digno guía y director nuestro; su hijo Guillermito, joven de 21 años, distinguido alumno del instituto científico de Giessen, alto y fuerte como un pino é inteligente como su padre; el ingeniero Blum, prusiano de 60 años, á quien su abundante barba gris da un aspecto patriarcal que contrasta con una jovialidad de adolescente; un joven cordobés, empleado en la empresa del ferrocarril de Huelva á Zafra, y yo, errante cazador de datos artísticos, arqueológicos é históricos, poseído de la incurable manía de pregonar en beneficio ajeno las noticias que podría quizá, como otros, utilizar en provecho propio. Gracias á nuestro director, inexorable y despótico como un Moltke en su ardua misión de hacer que no faltásemos nunca á los enlaces de los diferentes medios de locomoción de que íbamos á hacer uso, no ocurrió entorpecimiento alguno en el viaje.

De Jabugo á la deliciosa vega de Galaroza, por medio de la cual pasa la carretera de Cortegana á Aracena, anduvimos el camino á pie, divertidos con los varios accidentes de aquel terreno quebrado y pintoresco. A la hora temprana en que nosotros lo recorriamos, ofrecía todos los encantos de la naturaleza, verde, fresca, lozana, perfumada con los aromas de sus flores y ataviada con sus brillantes joyeles de rocío, aun no cansada de los importunos ardores del sol y del mal trato de los hombres y de los ganados, que la deslustran con el polvo y que con su ruido discordante hacen enmudecer á las aves y á los arroyos. La mañana era espléndida: marchábamos con paso ligero saltando por los pedruscos y salvando los profundos surcos de los carros en los lodazales; íbamos dejando á derecha é izquierda bosquecillos, huertas, hondos barrancos, pequeños prados, molinos medio ocultos entre las arboledas, aguas corrientes, cristalinas y murmuradoras, rústicos puentes; y al cabo de unos tres cuartos de hora llegamos á la carretera, donde ya nos esperaba el elegante *break* de D. Guillermo con su diestro cocherero Manuel y sus cuatro jacas veloces como el rayo.

Acomodados en él personas y efectos, y despedido de nosotros el patriarca Blum, que se quedaba á reconocer una cantera de mármol que cerca de Galaroza empieza á explotarse, partimos por la carretera abajo sin levantar apenas polvo, tal era la rapidez de nuestros caballos; y en brevísimo espacio de tiempo, saludando cuatro ó cinco veces en las revueltas del camino á la imponente silueta del castillo de Cortegana, que se nos aparecía de lejos velado en nieblas como el gigante de la montaña,

nos encontramos en el paraje donde había que renunciar á los cómodos cojines del coche, y donde, apostados ya los caballos y criados que habían de conducirnos con nuestro compendioso bagaje hasta Tres-Fuentes, salió á recibirnos, montado en su yegua castaña, el segundo ingeniero de la sección en que se encuentran hoy las obras de construcción del ferrocarril ya en vísperas de internarse en Extremadura.

Con aire más de coronel de caballería que de ingeniero civil, este digno facultativo, enjuto de carnes, de alta estatura, de largo bigote canoso, puesto á caballo como un nímida, después de los saludos y cumplimientos de costumbre, tomó la delantera de la pequeña caravana, y guiándonos por entre peñascos y barrancos, cortaduras de peladas montañas y gargantas abiertas en bosques, que ya aparecían á nuestra vista colgados en el aire, ya hundidos en los abismos; ora marchando al descampado y sin sombra, ora dejándonos engullir por tenebrosos túneles que chorrean negro betún, recuerdo de la onda muerta de la Estigia; desfilando unos tras otros y trepando el primero hacia la desnuda cúspide mientras el último salía apenas de la margen del profundo arroyo, nos puso sanos y salvos en el extremo norte del gran puente de hierro, hoy en construcción, que ha de salvar el barranco de Tres Fuentes: valle, más que barranco, de cien metros acaso de profundidad con otros tantos ó más de abertura.

Había que bajar ahora á la hondonada por donde discurre el miserable arroyuelo que motiva una obra tan colosal, y luego volver á subir á la cabecera opuesta del puente: y en los lentos trámites de una y otra operación, pudimos examinar de cerca la imponente grandeza de aquellas obras, y sobre todo las dimensiones y la admirable construcción de aquellas pilas, corpulentas como torres de catedrales, que cuando estén terminadas, ofrecerán al viajero el sencillo aspecto de una línea horizontal de hierro de 120 metros de longitud, trazada en el espacio, sin más que dos apoyos intermedios en lo profundo del valle.

Las obras estaban en plena actividad: las campanadas de mediodía que iban en breve á anunciar á los trabajadores el grato momento del descanso, aun no habían sonado. Al paso que resonaban lejanos estampidos de barrenos, dentro del radio de los trabajos del puente oíase el martilleo de los canteros y carpinteros que repercutía en los montes vecinos, el estridente remachar de los herreros, el rechinar de las poleas, el chocar de las vigas y tablones, el vibrante golpear de los *rails* y de los flejes, el tráfago en suma de toda obra al aire libre en que concurren casi todos los oficios.

Llegó el momento de echar pié á tierra. El joven S** lo había hecho ya en la explanada que sirve de base á una de las pilas del puente, donde había plantado el trípode de su cámara fotográfica para tomar una vista de las obras, con la gran pila opuesta ya terminada como principal protagonista de la escena; y mientras él estaba entretenido en reproducir aquel hermoso y pintoresco triunfo de la ciencia, dentro de la caseta del ingeniero director de los trabajos, al lado de la espaciosa mesa atestada de planos arrollados, de tanteos y borroneos de problemas mecánicos, compases, lápices y tiralíneas, se preparaba, con muy ordenada y silenciosa presteza, otra mesa cubierta de limpio mantel y luciente vajilla, que en pocos minutos estuvo llena de platos, vasos, servilletas, roscas de blanco pan, frutas, queso, sabrosos fiambres y botellas de aromático vino de Peguerillas y clara cerveza de Pilsen para el almuerzo de los expedicionarios. Figúrome que las dos mesas entablaron entre sí, sin ser oídas, un interesante diálogo, sosteniendo la una las grandezas de la mecánica y la otra las preeminencias de la gastronomía. De ello no tengo certeza; pero sí de que D. Guillermo, aprovechando los momentos de aquellos breves preparativos, se puso al habla por medio del teléfono con sus dependientes de Huelva, á la friolera de 80 kilómetros de distancia, dando la orden de que se me tuviese listo un coche con dos buenos caballos en la estación de Gibraleón á las tres de la tarde en punto: hecho lo cual, nos sentamos á la mesa, sin que el severo Moltke permitiera esperar la llegada de su hijo Guillermito, que estaba ya subiéndose la montaña, con su bagaje fotográfico detrás entre los brazos de un serrano.

El diligente joven arribó cuando ya estaba la locomotora pitando en la estación provisional de Tres-Fuentes para arrebatarnos en sus metálicas y sonoras alas, y con su llegada se desvaneció el temor de que se quedase en tierra. Yo quise acompañarle fiel, y mientras engullía de pie los huevos fritos, un trozo de fiambre y dos rajadas de salchichón, le escancié el vino y la cerveza; bebí á mi vez dos grandes vasos de la sabrosa leche que en una vasija de porcelana tenía delante, única refacción permitida á mi débil estómago, y colocados en seguida en el coche-salón de nuestro pequeño tren con nuestros sacos y abrigos, y con la máquina fotográfica causa de nuestra pasada alarma, partimos deslizándonos suavemente sobre los carriles é internándonos en las formidables cortaduras y túneles abiertos en los terrenos primarios y en las rocas hipogénicas de la región montuosa por donde corren los afluentes del Odiel, el cual lleva á Huelva aguas de las montañas que por derecha é izquierda estrechan su cauce.

De Tres-Fuentes á Valdelamuza todavía la comarca ofrece al viajero algunos bellos accidentes: Cincha, Las Cortes, Rincomalillo, las Julianas, están rodeados de montes en que hay cierta vegetación que alegra la vista; pero desde Valdelamuza ó Confesionario hasta más abajo de la confluencia del río Oraque con el Odiel, toda la comarca



EL GRANERO, cuadro de L. Marcian

es de pobrísimo y triste aspecto, aunque de gran riqueza mineral, porque la naturaleza sabia y previsoramente en el repartimiento de sus dones, niega á las tareas del agricultor los terrenos en que la actividad del industrial ha de ejercitarse trastornando forzosamente la superficie de nuestro globo. Sólo manchas de raquíticos jarales y palmitos diseminados á grandes trechos interrumpen, en aquella vasta extensión de terreno, la monotonía de la tinta neutra que toma siempre todo suelo desprovisto de vegetación. En cambio, las minas de cobre son allí abundantísimas, como deben serlo las de hierro en algunos puntos del Este, á juzgar por el color encendido de ocre tostado que presentan las aguas del río Tinto. No hay más que echar una ojeada al mapa en que se ha trazado el plano general del ferrocarril de Zafra á Huelva, para conocer lo que es aquella desnuda comarca yerma de población y cubierta de cotos mineros: los de la Zarza, Buitrón, Sotiel, Poyatos, San Telmo, Carpio, Tharsis, el Lagunazo, Campanario y otros, para no nombrar el ya célebre de Río-Tinto, radican todos en esa zona estéril de unos 100 kilómetros de longitud de Este á Oeste y de 50 próximamente de anchura de Norte á Sud.—Antes de llegar á Gibrleón, cambia el panorama, y el paisaje aparece otra vez verde y risueño en la parte que mira á levante y mediodía.—Pero yo había de continuar mi viaje hacia el Sudoeste.

En Gibrleón nos despedimos estrechándonos fuertemente las manos mis compañeros de excursión y yo, y quedé solo en la estación, considerando cuál sería el remate de un día tan agradablemente transcurrido, y con una serie de impresiones tan diversas, en unión de mis queridos hospedadores.

El aviso telefónico de D. Guillermo se había cumplido con exactitud: un coche abierto con dos fuertes caballos, enjaezados con cascabeles al uso de la tierra, me esperaba detrás de la casa de la estación, en el arranque del camino que guía al pueblo. Eran las tres y media de la tarde: monté en él con la cesta en que llevaba mi provisión de leche, mi saco de mano y mi abrigo; el cochero arreó, y á los pocos minutos, atravesando el caserío, donde, según costumbre de todos los pueblos pequeños, la gente se asomaba á la puerta de la calle para ver al forastero y reirse de su catadura, llegamos al largo puente de hierro del Odiel, sin que yo advirtiese que en él habíamos entrado—tan embebecido iba en los recuerdos de la deliciosa sierra alta—hasta que me sacó de mi distracción la lentitud del paso á que marchaban los caballos y el acompasado y sonoro batir de sus cascos en el entarimado del puente. Quise luego renovar las pasadas impresiones, mas el cansancio del ejercicio de la mañana por un lado, por otro la monotonía del país, harto semejante á las melancólicas parameras de Castilla la Vieja, en que todo se presenta desierto y uniforme, sin más accidentes que la interminable cinta blanca de la carretera que se pierde en el horizonte, y todo ello unido al invariable sonsonete de los cascabeles, hizo que me quedase

profundamente dormido, sin despertar hasta que llegamos á Cartaya, á medio camino próximamente de Gibrleón á Ayamonte.

Los hermosos pinares en que habíamos entrado produjeron en mí gratísima sensación, y no volví á dormir. El cochero detuvo el carruaje para echar un trago en el puente de Lepe, y yo aproveché la parada para vaciar en mi estómago una de las botellas de leche que llevaba de repuesto.

—¿A qué hora llegaremos á Ayamonte?—le pregunté.
—Ahora son las cinco.

—Antes de las siete estamos allí. ¡Son muy buenos estos caballos!—me contestó satisfecho el auriga.

Y después de un largo coloquio con el tabernero, y de cruzar frases con todos los transeuntes, conocidos y no conocidos, y de dirigirse á los caballos con especiales apóstrofes, á falta de personas con quienes comunicarse, lió un cigarro, lo encendió, se acomodó en su pescante, y con un latigazo al tronco, continuamos la marcha.

El camino se iba haciendo cada vez más pintoresco é interesante. Bosques de pinos marítimos á derecha é izquierda; al frente más pinares, naranjales é higuerales cuyas frondosas ramas barrían el suelo; nopales y pitas en los bardales de las heredades, frutales en los cercados huertos; entre las arboledas, blancos caseríos, y á lo lejos extensas marismas cuya superficie brillaba con los rayos del sol que empezaba á declinar.

De una revuelta de la carretera salió á cruzarse con nosotros una cuadrilla de veinte á treinta segadores, hom-

bres robustos casi todos, atezados como africanos, de grandes patillas negras, la mayor parte de ellos con botas altas hasta la rodilla, parecidas á las que gastan los bohemios, y todos cargados con sus talegos en palos que llevaban al hombro, las hoces en la cintura.

—¿Quiénes son estos?—pregunté al cochero.

—Son segadores portugueses que suben de Ayamonte y marchan á buscarse la vida en los campos de Jerez y Cádiz. Ahí donde usted los ve, negros como moros, son gente buena y trabajadora, dura para la fatiga: gente que no bebe ni juega, ni da nunca qué hacer á la justicia. Estos infelices vienen á España por Villareal y Castromarín, cruzan el Guadiana y hacen su primera estación en los contornos de Ayamonte: marchan siempre en cuadrillas, y á las veces al son de un organillo, como caminan los gallegos con sus gaitas: duermen al raso, donde les pilla la noche, y al rayar el día... ¡hala! y siguen su viaje.

En esto ya, granjas y quintas de recreo, con la consabida palmera descollando sobre la bien encalada tapia, y el copudo naranjo secular ó la oriental higuera, sombreando el cenador embadurnado de azul ó rojo; gente á pie como de paseo; algo que olía á sport de ciudad de provincia, y otro algo de carretería y trajinería; en el horizonte torres y apretado caserío y la silueta de un descalabrado castillo, destacándose sobre el encendido celaje del sol poniente; y por último, como fondo del cuadro, una larguísima estria de líquido zafiro, aspecto de una ancha ría en lontananza, y la costa del Algarbe al otro lado, con los pueblecillos fronterizos asomados con coquetería entre arboledas á la margen derecha del Guadiana, me anunciaron que me acercaba al recinto de la antigua ciudad ducal.

Y á las siete en punto, antes de anoecer, hice mi entrada en la histórica Ayamonte, á la sazón en que los habitantes desocupados salían á respirar el ambiente fresco de la ría: los cuales no dejaron de sorprenderse un tanto con la insólita y ruidosa irrupción del forastero, que en arrogante *milord*, tirado por caballos con cascabeles, á trote resuelto, se entraba por sus angostas calles alterando su habitual tranquilidad.

En catorce horas de aquel espléndido día 25 de mayo, había yo recorrido toda la provincia de Huelva desde la sierra alta hasta el rincón postrero del Sudoeste de España. Cumpióse el anuncio de mi amigo don Guillermo al despedirnos en Gibrleón:—No olvide usted cuando esté en Madrid, que á pie, en coche, á caballo, en ferrocarril, y en carruaje otra vez, ha sido el primer hombre que ha hecho el viaje desde Jabugo á Ayamonte en el mismo día.

PEDRO DE MADRAZO

EL PALACIO DE ALCALÁ DE HENARES

(Continuación)

II

La parte del Palacio propiamente dicho es ya de época posterior, á lo menos en su aspecto presente, correspondiendo á los siglos xv y xvi; y en cuanto al estilo, ora al último gótico en combinación con el mudejar, ora sobre todo al del Renacimiento.

El primer patio, cerrado hoy al Sur por una verja moderna de fundición, presenta al Norte una construcción con hermosa fachada de tres pisos. El lienzo del Este se halla formado por un edificio moderno de un solo cuerpo, adosado al Este también, del cual se levanta la gran masa del Salón de Concilios, á cuyo muro de tapial, con espesores que llegan á ser hasta de 1 metro 76, en su



EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, cuadro de P. Sadée

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



COMIDA CAMPESTRE, cuadro de M. Carbonell, grabado por Sadurní y Selva.

parte inferior, sirve aquel cuerpo de contrarresto en parte. El eje principal de ambas construcciones paralelas corre de Norte a Sur. Apóyase la que ocupa el referido salón en la antes mencionada torre del Sudeste, restaurada hoy, con sus ajimeces, matacanes y almenas, y que por sus armas y estructura corresponde a la época de Tenorio; y termina al Norte en otra torre, cuya planta principal ocupa la antesala del mencionado gran salón. Las dos edificaciones presentan hoy sus paramentos en un estilo pseudo-gótico del xv, tal como se interpreta hoy entre nosotros. Aunque Enríquez y Escudero creen que debe datar del siglo xiii el salón, es lo cierto que en su forma presente, ó más bien en la que ofrecía antes de la restauración y renovación completa que en los últimos tiempos ha sufrido, corresponde al pontificado del arzobispo don Juan Martínez Contreras (1422-1434), según también lo muestra su blasón de castillos y cruces de Calatrava contracuadrados.

Esta magnífica sala mide unos 40 metros de longitud por 8 de ancho y más de 11 de altura; y su importancia consiste en el espléndido techo mudejar que lo cubre, el cual forma propiamente artesonado, esto es, una pirámide truncada, cuya planta se bisela en los cuatro ángulos por medio de otros tantos triángulos que la convierten en octógono. Esta disposición, con frecuencia adoptada para cubrir espacios rectangulares, sobre todo cuando son muy prolongados, obedecía tal vez al fin de disminuir la desproporción entre los lados mayores y los menores, aumentando la línea de éstos a expensas de aquéllos y trayendo además a la vista en el plano del bisel decoraciones que se perderían y obscurecerían en los distantes ángulos. La traza de este techo es del sistema árabe, que como es sabido, aparte de la ornamentación, se diferencia en su estructura del sistema clásico, porque los pares ó vigas, en aquél, corren sin interrupción, dejando largos espacios que se cubren por detrás con las tabicas, donde se labran ó pintan las decoraciones; mientras que, en la construcción clásica, los pares se cortan por otros transversales ó en diversos sentidos, formando entre unos y otros el marco de los casetones.

Una faja de tablas interrumpe la vasta longitud de los dos lados mayores del artesonado, dividiéndolo en dos zonas iguales, y el plano de truncadura que forma el fondo del techo se interrumpe también por prolongadas piñas de estalactitas doradas. Los motivos de la decoración son góticos y árabes, combinados. Hojas, castillos, leones, rosetones espirales y otros elementos de colores vivos alternan con la plata, el oro y el negro, cubriendo asimismo los diez hermosos tirantes pareados que contrarrestan los empujes laterales. El friso, los blasones, gran parte del techo y toda la decoración mural que rodea las ventanas, así como la puerta arábigo-granadina que sirve de ingreso

á este espléndido aposento, son completamente nuevos, ya inventados sobre datos más ó menos fidedignos, ya restaurados ó imitados de lo que se conservaba del antiguo techo.

Hoy tiene tres ventanas en cada uno de sus lados mayores y otra en el testero del Sur.

Precede á este salón una antesala, probablemente decorada en tiempo del sucesor de Contreras (según muestra su escudo), el arzobispo Cerezo (1434-1442), hermano de madre de don Álvaro de Luna. El techo de esta pieza es plano, de madera, decorado sobre fondo azul por una tracería dorada de estilo gótico flameante. Sobre él se levanta todavía otro tercer piso, último del macizo torreón de este lado y cuyo techo mudejar forma un artesonado á ocho paños, pintado, cuya tracería recuerda la de la cúpula de azulejos del Convento de Santa Isabel de Toledo: por fortuna, no ha sido todavía restaurado. El paso de la planta cuadrada del torreón al octógono de esta especie de cúpula se verifica por medio de trompas.

La planta baja del Salón de Concilios está ocupada por el que hoy lleva el nombre de Isabel la Católica, en recuerdo de las embajadas que en él recibiera esta reina. Su techo es de vigas pintadas con castillos y leones, hojas, flores y dibujos geométricos y el punteado blanco y negro tan característico de la ornamentación morisca; sólo una pequeña parte de él ha sido restaurado, si bien se le ha dotado en cambio de cuatro ventanas análogas á las del piso principal. Las armas del arzobispo Contreras alternan con otras (todavía hoy pendientes de interpretación) en este techo, de donde se ha tomado algunos motivos para suplir el del Salón de Concilios.

En el exterior de esta vasta construcción, sobre la plaza de las Bernardas, se observaba un arco de medio punto, hoy tapiado, que en opinión de Escudero debió ser una de las entradas del palacio. Las ventanas, dos de las cuales únicamente son antiguas, están empotradas bajo sus correspondientes arcos de descarga y terminan arriba en un segmento de círculo, adornado en la parte superior por una archivolta de bolas, que descansa en ambos lados sobre dos medias figuras en oficio de ménsula. La tracería que llena la mitad superior de estas ventanas es flameante; sus columnas laterales, de mármol negro, recuerdan los parteluces tan comunes en los ajimeces de nuestra región oriental (Valencia, Játiva, Lérida, Gerona, Barcelona, etc.); y tanto sus capiteles como sus molduras, conservan aún más puro estilo que el que domina en la mayoría de los edificios de este tiempo. Street (1) ha publicado una de estas ventanas, añadiendo que, en su sentir, reúnen elementos de dos ó tres distintos países, con lo cual presen-

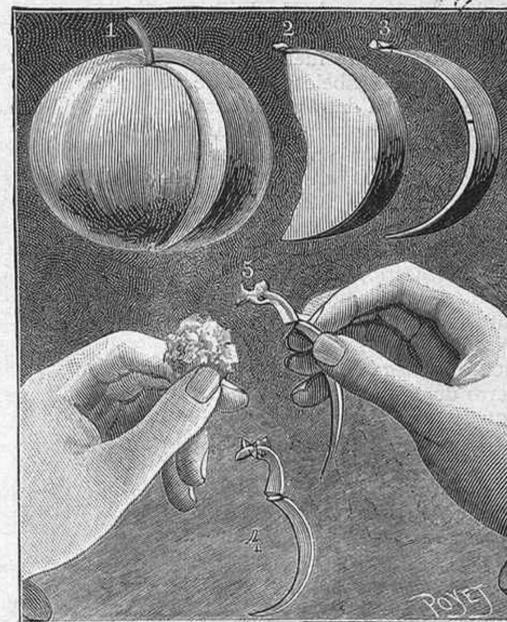
tan ese carácter mixto y compuesto que, sin menoscabo de su aire nacional, parece á muchos distintivo de todo nuestro arte.

F. GINER DE LOS RÍOS

(Continuará)

ELASTICIDAD DE FLEXION

Córtese de una manzana núm. 1 un casco núm. 2 y recórtese la piel dejándole cierto espesor núm. 3. Cúidese de dejar en la parte superior del casco algo del cabillo, y dóblese el fragmento como indica el núm. 4. Si se toma el objeto así preparado entre el pulgar y el índice apretando ligeramente la piel, después de haberla levantado por el ángulo derecho núm. 5, luego al punto se endereza la parte superior de la cáscara, volviendo á su posición primitiva en virtud de la elasticidad-desarrolla-



Experimento recreativo hecho con una película de manzana.

da, luego que se deja de obrar. Haciendo nuevamente estos movimientos, sube y baja la película como un pájaro que picotea y más si se le ofrece una miga de pan que ayude á la ilusión. Este juego bien hecho es muy divertido, mayormente si se da una forma adecuada á la parte superior del casco.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

(1) *Arquitectura Gótica en España*, página 201.